

1.3 La importancia de los nombres - RE: Deidad - La respiración de la creación

¿Qué peso tenía un nombre?

Esa pregunta resonó en mi mente mientras descendía hacia mis hijos, aún llevando el calor del Sol del Reino en la espalda, esbozando una sonrisa a pesar de las tormentosas emociones que me embargaban. ¿Era un nombre simplemente un nombre, o poseía un significado más profundo? En cierto modo, tal vez solo era un nombre; sin embargo, cuando lo pronunciaba alguien como yo, o al menos la criatura en la que me había convertido, sentía inclinación a creer que había algo más en ello.

Podría ser nada, sin sentido, meras palabras en el éter. Podría ser una definición.

El pensamiento en sí era casi nauseosamente filosófico.

Así que lo aparté, decidido a ser cuidadoso al nombrar a mis hijos y creaciones, confiando también en mí mismo y en mis nuevos instintos divinos.

Es hora de comenzar a darles nombre.

Para continuar con [Etapa 2], por favor, nombra a tus creaciones.

No me pongas en aprietos, tú.

—“Madre,” dijo mi hijo mayor, de cabello negro, cuando me acercaba.

—“Padre,” afirmó la niña de cabello rubio al mismo tiempo. Sonreí con humor mientras los dos hermanos se miraban, lanzándose miradas de desafío. Como si fuera una competencia por ver quién tenía razón.

—“Los hermanos siempre serán hermanos, supongo,” comenté, acariciándoles el cabello.

Aceptaron la caricia con una sonrisa, relajándose en mi tacto antes de que me apartara, y los otros dos los miraban con un atisbo de envidia en sus ojos. Un gesto de ‘ven aquí’ hizo que ambos corrieran hacia mí, permitiéndome peinarles el cabello—o, en el caso del dragón, frotar la base de sus cuernos. Después de unos momentos, me aparté, decidido a continuar.

—“Pueden llamarme como deseen, porque soy tanto Madre como Padre. Soy—” Alfa y Omega, principio y fin. Esas palabras casi escaparon de mis labios, pero las detuve antes de que la idea pudiera volver en círculo. “Soy quien soy. ¡Pero! Es momento de ponerles nombres a todos. ¿Alguno tiene preferencias? ¿Alguna idea, comentario, preocupación?”

—“Um,” dijo mi hija menor con inseguridad, jugueteando distraídamente con un mechón de cabello verde. Sonreí con ánimo y ella continuó. “Creo que lo que quieras llamarnos será lo mejor.” Prosiguió, y sus hermanos asintieron en acuerdo.

—“Mmm. El padre debe ponerles nombre a los hijos,” asentí, rascándome el mentón. Por un momento los observé, mi mente divagaba mientras mis ojos descansaban en mi hija de cabello rubio. Sus alas estaban desplegadas con orgullo, los hombros rectos y la barbilla en alto, en una pose regia, a pesar de la expresión infantil en su rostro. Cien nombres fugaces cruzaron mi mente, pero buscaba algo más neutral, sin preferencia particular. “Elvira,” dije, señalándola, y eso naturalmente llevó al siguiente. “Keilan,” señalé a su hermano, de cabello negro.

Los dos hermanos fruncieron el ceño, saboreando los nombres en sus bocas, mientras lamentaba mi falta de talento para nombrar. ¿Qué significaban realmente esos nombres? Por alguna razón, los relaciono con ‘blanco’ y ‘negro’, respectivamente, aunque creo que eso no es correcto del todo.

—“Me gusta,” dijo Elvira con orgullo, asintiendo y sonriéndose a sí misma.

—“Gracias,” contestó Keilan, moviendo su cola con alegría. Les di un abrazo a ambos y luego me dirigí a los otros.

—“Y tú, mi querida, ¿qué te parece Reika?” pregunté a mi hija de cabello verde. Ella hizo una reverencia en silencio, sonrojándose y asintiendo suavemente en agradecimiento silencioso. Finalmente, miré a mi hijo dracónicamente, que se retorció en su sitio en espera de su nombre. Reflexioné un momento, y elegí un nombre que simplemente me parecía agradable de oír. “Alexandro.” Anuncié. Él sonrió, corriendo hacia mí y envolviéndome en un abrazo grande, lleno de cuerpo. Reí, permitiéndole apoyar su cabeza sobre mi hombro, aunque su cabeza era grande, y me divertí aún más al ver cómo los otros tres corrían a sumarse a la reunión.

Nos quedamos allí un momento de pura dicha, Elvira y Keilan envolviéndonos con sus alas para parecer una enorme bola de plumas y escamas, hasta que empecé a liberarme suavemente. Aunque era adorable, aún quedaba mucho por nombrar, y otra notificación me urgía a continuar.

—“Muy bien, muy bien, vamos allá. Todavía tenemos que darle nombre a tus reinos, ¿verdad?”—dije, intentando poner en movimiento a ambos.

—“¿Qué es eso?”—preguntó Elvira, señalando el sol.

—“El sol”—respondí—. “Aunque ese sería el Sol, en singular, en contraste con un sol en general.”

—“¿Qué hace?”—preguntó Reika.

—“¿Qué hace? Brinda luz y calor a todo el universo. Será muy útil cuando la vida comience a expandirse,”—explicé.

—“¿Por qué hace tanto calor?”—preguntó Alexander.

—“¿Y por qué es tan brillante?”—se quejó Keilan.

—“Porque así es su naturaleza. Pero nos estamos desviando del tema. ¿Alguien quiere tomar la primera opción para que nombre su reino?”—dije, aplaudiendo para captar la atención de todos, mientras lentamente me desplazaba hacia los cuatro reinos en ciernes, guiándolos con suavidad. Los cuatro comenzaron a luchar por mi atención, rogando por mostrarme lo que habían estado creando mientras yo hacía el sol. Escuché pacientemente, retrocediendo cada vez más, alejándome del Sol del Reino, hasta situarnos en el límite de los Cuatro Reinos.

—“Ya que estamos aquí,”—interrumpí en cuanto mi pie tocó el borde del reino blanco de Elvira, por accidente en esa dirección—, “empecemos por Elvira. ¿Qué tienes para mí, pequeña?”

—“¡Eso! ¡Mira, papá, lo que hice!”—peregrinó alegremente, mientras sus colas se agitaban y sus alas revoloteaban, lanzándose hacia la Gran Montaña en el centro de su reino, con destellos de luz dorada y plateada formando cristales en las suaves estructuras como nubes. La seguí a un ritmo mucho más tranquilo, contento de escuchar sus palabras mientras me mostraba cómo podía torcer y moldear la energía de su reino, absorbiendo cada detalle.

La energía que formaba el núcleo de su reino era sumamente vibrante, prácticamente zumando por su densidad y actividad. Sin embargo, seguía siendo mayormente...positiva. Fuerte, pero en una buena dirección. Y, mientras observaba, parecía intentar formar formas sólidas a partir de la materia sin dirección de su reino. Collinas y montañas, vastos llanos y ríos, valles y cañones— un esqueleto de un esqueleto que buscaba ensamblarse en maravillas naturales. Lo extraño era que había una guía, un guía sin mucha iniciativa propia. Con una ligera mueca, me inclinaba y hundía una mano en la nube del reino, dejando que su materia pasara entre mis dedos como granos de arena.

—“Vaya,”—murmuré—, “siento que algo más fluye por el reino, trabajando en silencio, pero siendo visible... Entonces entendí, y me sentí muy tonto por no haberlo notado antes.”—con un resoplido, me levanté, mirando a todo el Reino de Elvira para ver esa pequeña presencia que fluía por todo, casi como una capa secundaria invisible. Era, como todos los otros reinos, casi sin estructura, pero aún así supe qué era en el fondo.—“Me preguntaba a dónde habían ido todas esas almas,”—dije riendo ligeramente.

—“¿Papá?”—preguntó Elvira, volando de regreso hacia nosotros.

—“Perdón, cariño, me distraje un poco. ¡Mira esto!”—exclamé, levantando lo que sólo podía describirse como una masa de ectoplasma. Todos mis hijos se agruparon, aunque pusieron caras raras al ver lo que sostenía, excepto Alexander, que fruncía el ceño y arrugaba su hocico con expresión de disgusto, con la cabeza inclinada adorablemente.—“¡Son espíritus! O, más bien, la base de ellos.”

¿Espíritus?—replicó Alejandro—¿Qué son los espíritus?

—Son... bueno, son una clase diferente de existencia. Una variación de las almas, como la tuya o la mía, pero más limitada al mundo espiritual. Puedes imaginarlos como los constructores y encargados del orden en la existencia, pero mucho más allá de lo que ese título podría sugerir —expliqué—. Sin los espíritus, que gestionan el “mundo invisible”, muchas cosas simplemente... se desmoronarían. Muchas fuerzas misteriosas dependen de ellos para evitar que las cosas se enreden, o para canalizar energías acumuladas y crear algo nuevo. —No estaba seguro de cuánto estaban comprendiendo. Solo Alejandro parecía entender, asintiendo lentamente mientras observaba a los pequeños espíritus en mis manos.

Las diminutas almas aún temblaban ante mi presencia, pero era soportable ahora que había utilizado gran parte de mi poder y podía controlar mi aura. Satisfecho, liberé a los espíritus y observé los cuatro reinos en su conjunto. Aunque lo denominaba el “mundo invisible”, el reino que habitaban los espíritus era claramente visible para mí. Fluyen a través de todas las cosas, formando una capa de realidad invisible, construida sobre lo que ya existe: un río de almas y espíritus que conecta todos los reinos como un lago que se enlaza con el mar. Esto hacía que nombrar el reino fuera una tarea sorprendentemente sencilla.

—El Reino de los Espíritus—, dije con sencillez, una suave sacudida recorrió los Cuatro Reinos. —Lo siento, Elvira, pero primero tengo que nombrar el reino de tu hermano. Alejandro, tu reino será el Reino de los Espíritus. Conectando, alimentando y fluyendo a través de todas las cosas. —Alejandro se emocionó al oírme, temblando por completo mientras mis palabras caían sobre él. El cambio fue sutil, pero noté cómo sus escamas adquirían un matiz casi etéreo, brillando con colores invisibles. Nombrarlos no provocaba cambios, pero nombrar los Reinos sí. Lo entendí, acariciándole la cabeza mientras el gran dragón se apoyaba en mi pecho, haciendo un gruñido de contenido. Ten cuidado con cómo los nombras.

Mi atención se dirigió hacia la Montaña en el centro del reino de Elvira, una idea empezaba a formarse en mi mente. Si el Reino de los Espíritus fuera un río, entonces su reino...

—Elvira—, le dije, girándome hacia ella. Ella hacía una pequeña mueca de disgusto, con las alas caídas tristemente, aunque la cabeza en alto. Claramente sentía un poco de celos porque su reino no había sido nombrado primero. —Tu reino será el Reino del Cielo. Una meta, una cima elevada para las almas— sean espíritus, dioses o mortales— a las que aspirar. No solo un ideal, sino un camino. No solo un destino, sino una iluminación. No solo un lugar para residir, sino para anhelar. —Recordé entonces un viaje que hice en vidas pasadas—. Viajé hacia gurús y videntes, templos escondidos y moradas de sabios ocultos en montañas o lugares inaccesibles.

A menudo, encontraba que el viaje y el deseo de emprenderlo eran tan importantes como el destino, si no más. El Reino del Cielo podía encarnar ese ideal y mucho más. Por sí solo, no era perfecto. Pero la idea de que pudiera serlo, y que pudiera inspirar más, era aún más poderosa.

Elvira tembló, una sonrisa surcando su rostro mientras un halo de luz dorada y plateada se formaba sobre su cabeza. Su reino experimentó un cambio mayor que el de Alejandro, y la energía parecida a una nube se solidificó bajo mis pies. Las montañas y valles se desplazaron, la energía

del reino se volvió mucho más densa y pura en respuesta al nombre y propósito que le había otorgado. Cambio mayor—, pensé, abrazándola y besando la parte superior de su cabeza.

“Vamos a los otros ahora,” dijo ella después de un momento, alejándose de mí y corriendo hacia el Reino de Keilan.

“¿Cuál sigue entonces?” pregunté en lugar de seguirla. Honestamente, me preocupaba mencionar el reino de Keilan; si Elvira decía que el suyo era el Cielo, entonces la lógica común indicaba que el de él debería ser lo opuesto. Rechacé esa idea de raíz, no solo porque era inherentemente errónea, sino porque quería evitar a toda costa los Reinos del Infierno o del Infierno propiamente dicho. Un Reino dedicado únicamente al mal y al castigo era absurdo.

“El Reino de Reika está camino al mío. Hagamos el de ella primero,” dijo Keilan con gracia, ganándose una pequeña sonrisa de su hermana. La chica de cabello verde salió corriendo sin decir otra palabra, prácticamente en carrera por el Reino del Paraíso para llegar al reino gris en el que había crecido. Aquí, lo blanco y negro chocaban y se mezclaban, formando una especie de armonía tan dolorosamente familiar que no pude evitar suspirar al sentirme aliviado al cruzar ese umbral.

“Casi olvidé cómo se sentían los elementos,” dije con cierta añoranza, alcanzando un pedazo del gris. Relámpagos chisporrotearon por mis dedos, retorciéndose y enroscándose como una serpiente alrededor de mi mano hasta que lo solté, disparándose de vuelta hacia la masa gris. Reika quedó boquiabierta, observó su reino, luego trató de hacer lo mismo. Con un sobresalto saltó hacia atrás, el hielo brotando de sus dedos mientras el Reino creaba un elemento completamente diferente para ella. “Cuidado, pequeña. Son algo caóticos.”

“¿Cómo hiciste...?” preguntó, quedando en silencio con una expresión de desconcierto.

“Solo tendrás que practicar,” respondí con un movimiento de cabeza. La verdad era más cercana a que mi capacidad para manipular los elementos y la materia era tan innata, tan instintiva, una parte literal de mi ser, que no podía explicarla con claridad. Lo cual era completamente inaceptable; entenderme a mí mismo y mis habilidades, en profundidad, era algo que me enorgullecía. “Pero esto me muestra cuál será tu Reino. El Reino Físico. Donde la vida crecerá y prosperará. Será caótico y salvaje, en constante cambio, pero esa es la naturaleza de lo físico.” Asentí con la cabeza. Como la Tierra en mis vidas pasadas; la carne era efímera. Intencionadamente así.

En cuanto terminé, Reika tembló, las flores en su cabello se retorcieron y transformaron, dejando de ser simples flores para convertirse en algo más. Los propios elementos fluyeron en ella, cristalizándose en coloridos capullos que adornaban toda su larga cabellera verde. Y sus ojos —bueno— brillaban con todos los colores del arcoíris, radiantes y brillantes.

“Por fin, aquí tenemos el Reino de Keilan,” dije, aplaudiendo con satisfacción las transformaciones que observaba. Las masas de tierra se formaban en el caótico gris, y con el tiempo, sabía que surgirían planetas, tal vez incluso sistemas solares y galaxias. El Reino Físico era la cuna de la vida, el bosque que rodea montañas y ríos. Y por último, sería el turno de Keilan.

Él lideró en silencio, con la cola azotando y las alas batiendo mientras atravesábamos el Reino Físico hacia su propio reino. La brecha, más parecida a una zanja en realidad, que había excavado en la energía negra era claramente visible. Otras estructuras, en cambio, eran mucho más sutiles que en los Reinos de Reika o Elvira. Este era más similar al de Alexander en su sutileza, aunque menos...intangible.

Escuché mientras recorría con él, tomando mi tiempo y asintiendo donde era necesario, cómo manipulaba la energía negra, creando otra zanja más pequeña y observándola rellenarse. No era un infierno. Ni un Reino infernal o del infierno, ni ninguna de esas tonterías. La energía era sutil, pero no malévola, aunque tampoco benevolente o útil en exceso. Keilan jugaba con ella como un niño, comportándose como si fuera un adulto, mientras sus hermanos observaban maravillados. Les mostró lo que había encontrado en las profundidades de la oscuridad; la energía mental que se condensaba allí, además de los remolinos y corrientes más simples en la superficie.

Pero había algo más, que atravesaba todo ello. Algo que incluso Keilan aún no había percibido, enroscándose y agitándose, hilos de ello transportados por el Reino del Espíritu para ser depositados aquí. Lo observé por un rato, el tiempo suficiente para que todos mis hijos se detuvieran a mirarme, mientras una sonrisa lentamente se dibujaba en mi rostro.

“Karma.” susurré suavemente. Quizá la ley universal más compleja, y a la vez, irónicamente sencilla que había estudiado jamás. Y también la más fundamental. El reino de Keilan estaba lleno de hilos kármicos — sin probar, sin usar, apenas conectando pequeños espíritus que luego eran destrozados en cuestión de segundos. “Este será el Reino del Karma, Keilan. Un lugar de recuerdos y conexiones; ya sea de vidas pasadas o presentes. Un sitio de sutileza, de encontrar lo bueno en lo malo y lo malo en lo bueno — no menos ideal que el Reino del Cielo, solo con más flexibilidad y menos brillo.” dije. El cambio fue inmediato. El poder kármico inundó todo el reino, la energía mental estallando desde las profundidades como un volcán que se expandía por los Cuatro Reinos.

A diferencia de sus hermanos, Keilan no sufrió un cambio físico al nombrar su reino. Pero su sonrisa se ensanchó, sus ojos brillaban con una luz nueva y su cola se agitaba mientras contemplaba su dominio.

Y eso fue todo. El río, la montaña, el bosque, el valle y el mar. Los Cuatro Reinos finalmente tenían nombre.

¡DING! ¡DING! ¡DING!

¡El nombramiento ha sido completado! La sinergia de las naturalezas e imágenes de los Cuatro Reinos ha incrementado el crecimiento en un veinte por ciento.

¡Análisis disponible!

Reino del Espíritu

Utilizado como el pegamento entre los reinos, ahora alberga espíritus y almas fundamentales que ayudarán a gestionar los Cuatro Reinos. Aunque los espíritus pueden existir en todos los demás reinos, excepto en el físico, este será el más cómodo para ellos.

Reino del Cielo

En muchas universe, el término “Cielo” se considera una meta para las almas y los espíritus. Este reino no es diferente — un centro de energía potente, que probablemente alojará a seres muy poderosos. Incluyendo, pero sin limitarse a, ángeles, divinidades, inmortales y otros seres ascendidos.

Reino Físico

Los reinos físicos son cosas impredecibles. En constante cambio y generalmente finitos, estos reinos son únicos, ya que ciertos nombres no tienen plantillas predefinidas, como Espíritu o Cielo. Por eso, las descripciones son más importantes que los nombres, y suelen incluir palabras como finito o mortal. Tú no incluiste ninguna de esas palabras, dejando abierta la vía a la inmortalidad para los seres físicos. Inmortales mortales. Que disfruten esa, ¡el libre albedrío a veces es un fastidio!

Reino del Karma

Un nombre mucho más particular que la mayoría de las plantillas de los Tres Reinos; nombrar algo como el Reino del Karma requiere una profunda comprensión de las fuerzas internas, así como un conocimiento adicional de tus propias intenciones y deseos para el funcionamiento del reino. Elegiste un guía. La existencia física como hogar, el Espíritu como camino, el Cielo como meta y el Karma como guía y legado.

Espera. Espera, espera, espera. ¿Qué dijo sobre el reino físico? ¿Qué significa exactamente, permitir que los mortales se vuelvan inmortales? ¿No es acaso esa la esencia de ser una deidad originaria, como describen estas cajas?

Has creado lo que en tu universo natal se denomina un mundo Xianxia. Completamente por accidente.

¡No no no no! ¿¡Un mundo Xianxia?! ¡Exijo mi reembolso! ¿¿Dónde está el botón de deshacer?! El nombre es Reino Mortal, no Físico, ¡lo juro! Xianxia suena terrible para gobernar como dios, ¡ya tuve suficientes dificultades con mortales comunes, y ahora con superpoderosos!

Lo que está hecho, está hecho.

Por eso elegí que yourself te convirtieras en un dios de origen, muchacho. ¡Al menos, tu torpeza como dios será divertida de ver!

TE JURO, BOXES, SI ALGUNA VEZ NOS ENCONTRAMOS, ¡TE VOY A DAR UNA PATADA EN LA CARA!

Keilan observaba con preocupación cómo su Padre, la gran Madre de todas las cosas, permanecía mirando a lo lejos, su rostro contrayéndose con emociones no expresadas. Se movió incómodo, retorciendo sus manos y mirando a sus hermanos. ¿No le gustaban los cambios que había hecho en su reino? A él sí le agradaban, aunque aún no entendía en qué consistían exactamente esos cambios. En el fondo, sabía qué era el karma, pero ¿cómo funcionaba? ¿Cuáles eran las reglas,

según lo establecido por su Madre?

En ese instante, una oleada de ira surgió de Madre, haciendo que Keilan saltara sorprendido y dirigiera su mirada de inmediato hacia su Padre. Su cabello negro ondeaba en un viento invisible, sus ropas púrpuras ondeaban, y las esferas del caos primordial que flotaban a su espalda se retorcían como serpientes. Por un momento, pareció que iba a explotar en rabia, y Keilan sintió cómo sudor le perlaba la frente por la intensa presión. En la luz brillante del Sol del Reino, parecía lista para destruir algo o a alguien.

“¡Maldita sea!” exclamó finalmente, abalanzándose en el aire frente a Ella.

“¿Maldita?” repitió Alexander, confundido. Keilan asentó en señal de acuerdo. ¿Maldita qué? Si algo le molestaba a Madre, él estaba seguro de que él y sus hermanos podían unir fuerzas para quitarle esa molestia.

“Ah, olvidé que había niños aquí. Perdón, no repitan eso, solo estoy un poco frustrada,” dijo Madre con fatigada expresión, soltando toda su ira y cruzando las manos tras su espalda.

“No somos niños,” protestó la hermana Reika, haciendo que Madre esbozara una sonrisa.

“Por supuesto que no, solo que...” Madre se quedó en silencio, sus ojos verdes recorriendo a sus hijos. Keilan enderezó la espalda y los hombros cuando su mirada se posó en él, como si pudiera atravesar su ser y arraigarlo en su lugar. Era como si no hubiera nada que esconder en esa mirada, nada que pudiese ser oculto o que necesitara mantenerse en secreto. “Ya tienes mil años. ¿Cómo pudo todo eso tomar un milenio? ¡Parecía que solo duraba horas! ¿Qué es el tiempo realmente?”

Keilan frunció el ceño nuevamente mientras Madre apartaba la vista de él, como si mirara algo invisible. Su expresión se contrajo en un ceño fruncido.

“No me desafíes, no me tomes a la ligera,” gritó. Luego, empezó a murmurar respecto a sí misma. “Bien, muchachos, hay mucho por hacer. Hay que preparar los Reinos y formar sus dominios... comenzaremos en un rato. Primero, debo maldecir en el Vacío,” dijo, elevándose en el cielo.

“Espera, Madre,” dijo Keilan de repente, con una pregunta que ardía en su pecho. Ella se detuvo y giró para mirarlo. “Nos diste nuestros nombres, pero... ¿cuál es el tuyo?” Por un momento, Madre parpadeó como sorprendida, y se acarició la barbilla pensativa.

“Tuve muchos nombres, pero...” empezó a decir, y luego se quedó en silencio. Sus ojos volvieron a centrarse en algo invisible frente a ella, y las comisuras de su boca se tensaron en un ceño. Ella tembló brevemente, y toda su forma parpadeó y cambió en tamaño y figura antes de estabilizarse en su verdadera forma. “Por más que no quiera aceptar lo que me han dado, cajas, odio que me guste ese nombre.”

“¿Con quién está hablando él?” susurró Elvira a Keilan. Él encogió los hombros y sacudió la cabeza. Ella era extraña y misteriosa, eso era seguro.

“Statera.” dijo mamá de repente, sonriendo con un brillo radiante. “Mi nombre es Statera Luotian.” Keilan inclinó la cabeza junto a sus hermanos, y cuando volvió a alzarla, ella ya había desaparecido, lanzándose hacia el Reino Solar y la concha del Caos Primordial que protegía los Cuatro Reinos del Olvido, a una velocidad que Keilan solo podía soñar con alcanzar.

“El padre es un ser enigmático. Con el tiempo, quizás lleguemos a entenderlo a Él y sus acciones, pero aún somos demasiado jóvenes. En comparación con Él, somos simplemente niños,” dijo Alexander, las palabras resonando desde la garganta del gran dragón mientras observaba partir a mamá.

“Tus palabras son sabias, hermano Alexander,” susurró Reika, acariciando suavemente el vestido verde que llevaba. “Pero no estoy segura de querer entender a mamá.”

Entonces, Keilan solo pudo asentir en señal de acuerdo.

Revisión #1

Creado 6 septiembre 2026 06:58:58 por John Doe

Actualizado 6 septiembre 2026 06:58:58 por John Doe